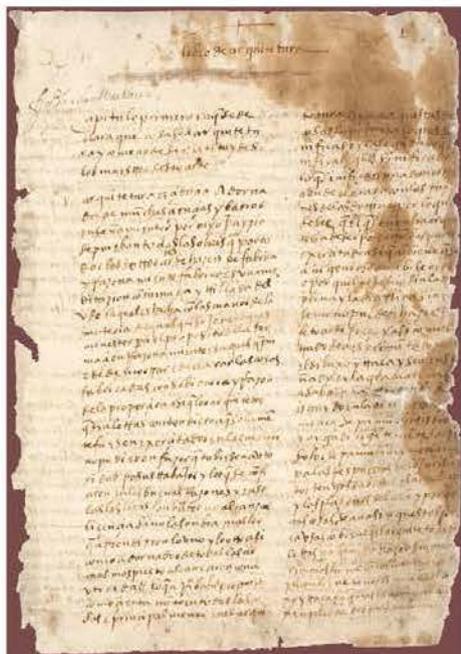


Imperfecto inmejorable

Gabriel Ruiz Cabrero

El texto corresponde a la lección dictada por el autor en diciembre de 2008, con ocasión del reconocimiento recibido por su labor como director del Departamento de Proyectos Arquitectónicos de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid. Fue publicado por Mairera en mayo de 2009. [P+C]



[1] "CUADERNO DE APUNTES DE HERNÁN RUIZ, EL JOVEN", FOL. 1. [BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UPM-ETS ARQUITETURA] [P+C]

Nota del editor

La estructura de la revista P+C necesita aportaciones gráficas como acompañamiento a los textos que publica. La ausencia de imágenes del texto original ha dado lugar a que haya sido preciso elegir ilustraciones concordantes con éste en contenido y número.

Guarda esta Escuela un tesoro, el cuaderno de apuntes de Hernán Ruiz «el joven». Lo de «joven» fue para diferenciarlo de su padre, pero el nombre le cuadra también pues perteneció a la primera generación de arquitectos que estudiaron los tratados de arquitectura de Vitrubio y de los italianos contemporáneos y, sobre todo porque fue de los primeros en aprender y practicar la ciencia de la perspectiva en España¹.

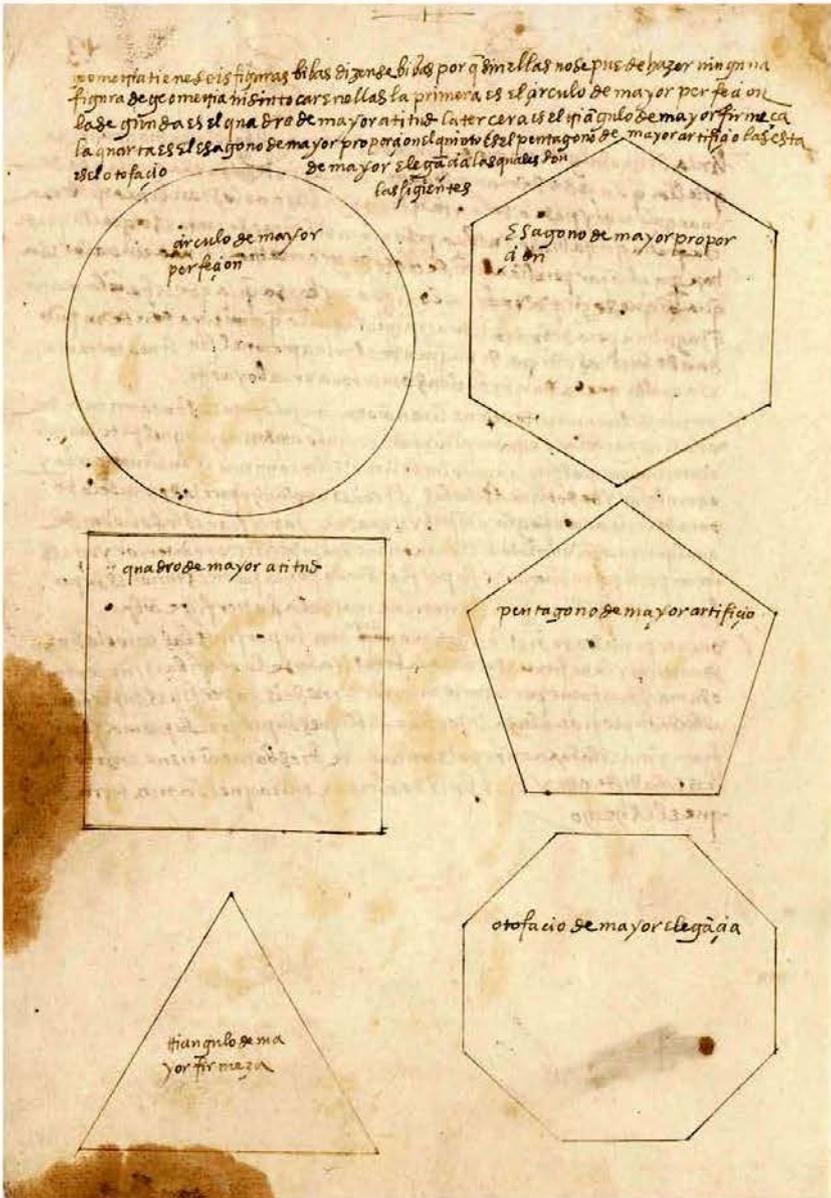
En su cuaderno, al nombrar las figuras geométricas, que dibuja con unción y a las que trata como el vocabulario básico para su trabajo de arquitecto y tracista, dice del círculo que es la figura «de mayor perfección»; del triángulo, que es la «de mayor firmeza»; del cuadrado que es de la «mayor attitud» (la que más permite); del pentágono que es la de «mayor artificio»; del hexágono la «de mayor proporción»; (del polígono de siete lados, ni mención); y del octógono, ¿qué dice?: «el otofacio, el de mayor elegancia».

Esta aproximación a la geometría, que Ruiz toma de Serlio y de Alberti, proviene de la tradición cultural bizantina². Los góticos, que a sí mismos se llamaban «modernos» (enfrentándose a los «romanos» a quienes llamamos renacentistas), no se ocuparon de estas bellezas mentales, los polígonos; sólo los templarios, remedando el sepulcro de Cristo, se atrevieron con edificios de planta circular, aunque por argumentos simbólicos más que geométricos.

Fue Crisolara quién trajo de la Constantinopla acosada por «el turco», estas reflexiones sobre la perfección. Contagió así a occidente una ilusión vana, que sin embargo mueve las voluntades hasta la extenuación y lo imposible: el afán por la perfección³.

Manuel Crisolara vino a Italia enviado por su amigo Manuel II —quien habría de ser el último Cesar— para que recaudara dinero con el que hacer frente a los turcos que amenazaban Constantinopla. No tuvo éxito por la mezquindad de los príncipes cristianos, pero sí pudo escribir y enseñar⁴. Transmitió a sus alumnos, los humanistas que habían de promover el «renacimiento», el estudio de la lengua helénica que se había perdido en occidente, lo que permitió a los estudiosos leer en griego los textos clásicos que solo se conocían a través de la Escuela de Traductores de Toledo⁵.

La definición de obra perfecta como aquella a la que no se le puede añadir ni restar nada sin estropearla, no es sino la regla ciceroniana de la perfección del discurso. La aportación de Bizancio fue la sinestesia. Descubrieron que los argumentos del discurso crítico podían trasladarse



[2] "CUADERNO DE APUNTES DE HERNÁN RUIZ, EL JOVEN", FOL. 13 VTO. [BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UPM-ETS ARQUITECTURA] [P+C]

1. El cuaderno de apuntes de Hernán Ruiz fue publicado como facsímil por la Universidad Politécnica de Madrid en el año 2005, con el título: *Libro de Arquitectura de Hernán Ruiz el Joven*. La publicación contiene una separata de introducción escrita por el catedrático de la Escuela de Arquitectura Pedro Navascués. De este mismo autor, y con el mismo título, es el libro que publicó en 1974 la Escuela, donde el profesor Navascués realiza la mejor aproximación al texto y dibujos de Ruiz.

2. Sería interesante profundizar en lo que podríamos llamar el "bizantinismo" de Hernán Ruiz el Joven, quien, si por una parte asimiló la influencia de autores italianos, que a su vez habían sido discípulos de Crisolara, por otra aprendió mucho de la observación y manipulación de una obra tan oriental y a la postre bizantina como era la antigua mezquita de Córdoba y de otras mezquitas de barrio cordobesas en las que intervino añadiendo campanarios y capillas.

3. Manuel Chrysoloras, conocido por sus contemporáneos italianos como Manuel e Crisolara, llegó a Italia en la primavera de del año 1411 enviado por el emperador Manuel II Paleólogo. Fue profesor de lengua y literatura griega de aquellos que habrían de convertirse en promotores y maestros del "humanismo", Leonardo Bruni, Palla Strozzi, Humberto Decembrio, Guarino Veronese, y a través de aquellos influyó en otros, como Leon Battista Alberti.

de unas artes a otras. Que las reglas de la composición eran también en gran medida comunes. Desde entonces hablamos del buen gusto de una pintura o de la buena arquitectura de una sinfonía. Antes de Crisolara y Alberti estas imágenes no se hacían.

La perfección del conjunto, eso que nunca se propusieron los arquitectos góticos: proyectar una obra completa. La perfección bizantina, el ideal griego; al final, o mejor, al principio, siempre Platón.

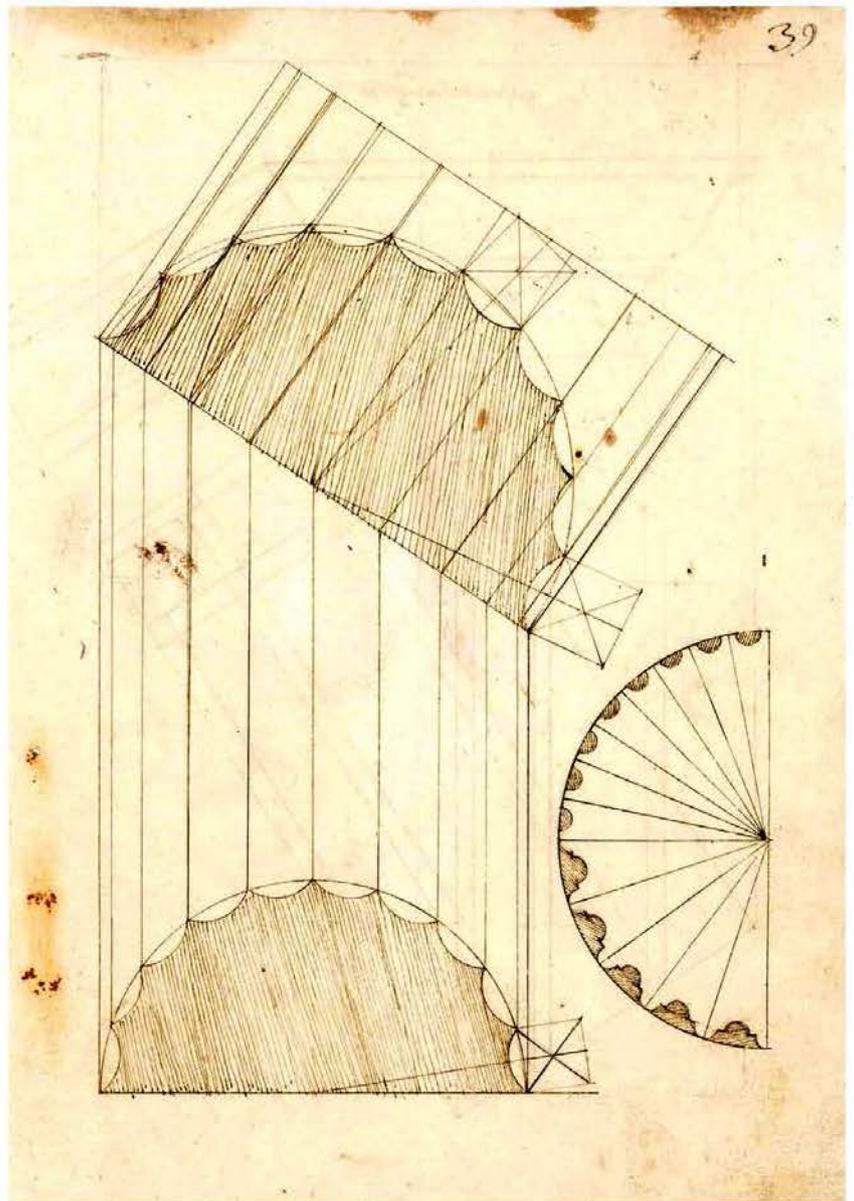
Los artesanos musulmanes, tal vez como reacción al ideal griego, que tenían que combatir en todos los terrenos, fueron unánimes en negar la perfección como objetivo. La perfección pertenece a Alá, vano es el hombre que pretende alcanzarla, predicar.

Los edificios simétricos se caen menos, dice José-Luis De Miguel. No es una cuestión compositiva, pero señala hacia la perfección. La

[3] "CUADERNO DE APUNTES DE HERNÁN RUIZ, EL JOVEN", FOL. 39. [BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UPM-ETS ARQUITECTURA] [P+C]

4. La obra más conocida de Chrysoloras es "Le due Rome", un estudio comparado de las ciudades de Constantinopla y Roma, que fue publicado en 2001 por Pàtron Editore, de Bolonia, editado por Francesca Niutta. Este libro fue el impulso y el primer modelo para los textos de arquitectura publicados en la Italia del "cuatrocientos". En el apasionante libro de Christine Smith: *Architecture in the Cultura of Early Humanism*, publicado por Oxford University Press en 1992, la autora estudia la influencia del bizantino en la cultura occidental. Fue en efecto Chrysoloras, quien aportó la tradición de escribir de la arquitectura propia de la cultura bizantina, que no se practicaba en el mundo latino, con los tres tipos literarios que gobiernan la descripción arquitectónica: la "ekphrasis" o descripción, el "encomio" y la "comparatio".

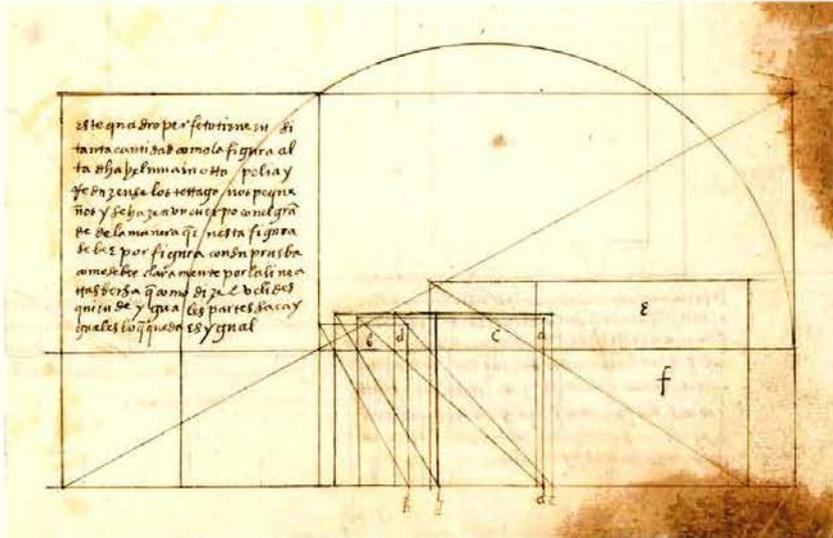
5. También rompió con la compartimentación, con la especialización que había caracterizado a la cultura medieval europea extendiendo el interés de los estudiosos a todas las disciplinas del conocimiento, fuesen sacras o profanas, dando paso al concepto de "uomo universale" que abrazaría el renacimiento.



estabilidad diría que el edificio ideal es una semiesfera. Pero ¿para qué sirve una semiesfera?

En arquitectura el círculo es fácil para partes, para objetos pequeños, para cabañas. Sirve, a veces, para las grandes dimensiones —Letchworth— pero siempre resulta enfático.

Para los edificios, es muy difícil. Recuerdo el optimismo que me produjo entrar en la «cúpula de Fuller» en 1968, cuando París, Vietnam y Praga. En Montreal hacía un calor sofocante, humedad altísima; al entrar, tres grados menos, toda la diferencia. En el suelo, ligeramente sombreado por los plementos triangulares de plástico, se dibujaba la retícula de la cúpula. Dentro, unas plataformas que podían distribirse de cualquier manera acogían habitaciones para todos los usos. Era muy emocionante, pero no recuerdo ningún otro edificio esférico con gusto.



[4] "CUADERNO DE APUNTES DE HERNÁN RUIZ, EL JOVEN", FOL. 29. [BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UPM-ETS ARQUITECTURA] [P+C]

Dos razones hacen esta perfección del círculo difícil. Su división. Segmentos y sectores son imposibles para las habitaciones. Aquí la geometría perfecta da habitaciones tontas.

Y el centro. La insoportable potencia del centro. La atracción del centro solo conduce a lo inmóvil. El centro es sólo para el vacío. Por eso sólo sirve para los catafalcos, como el que proyectara Boullée para conmemorar a Newton.

El círculo es la forma más bella, mas su propia perfección lo hace imposible. La belleza lo condena. Y para cerrar la cuestión, no existe la esfera en la naturaleza.

La gravedad y las variaciones de la temperatura desfiguran de inmediato cualquier esfera. Ningún fruto que cuelgue de árbol, descansa en la tierra o flote en el mar será esfera. El huevo es una célula perfecta, hasta que ha de salir del cuerpo del ave o del reptil.

La esfera es una abstracción humana. Y en cuanto al círculo, ¿qué nos da la naturaleza? Elipses. Sabemos que una gota de agua al caer en un charco remansado produce círculos concéntricos instantáneamente perfectos, pero, solo vemos elipses. Cuando entramos navegando en el «sinus Bahía», el cráter del volcán sumergido donde se abrigaba la flota del Imperio Romano cerca de Cuma, nos sobrecoge la belleza del círculo pétreo que adivinamos en la elipse que vemos.

Natura sólo nos regala el círculo perfecto una vez al mes. Pretender la perfección es pedir la luna.

¿Sólo nos queda el imperfecto inmejorable? Sí, pero quien no busque la perfección, quien no intente el círculo en su juventud, no será arquitecto de viejo. Se aprende de los aciertos de los demás y de los errores propios. ■



Gabriel Ruiz Cabrero es catedrático de Proyectos Arquitectónicos desde 1995. Universidad Politécnica de Madrid.